

## Cartas

### I

En cuanto comenzaba la discusión entre sus padres, gateaba para esconderse donde fuera, de modo que aprendió a caminar muy pronto acuciado por la necesidad de huir. Conocía con detalle cada rincón de la casa; todos le habían servido como refugio a lo largo de la infancia. Su precocidad en el andar, que había asombrado a todo el mundo, quedó sin embargo superada por la que más tarde mostró en el aprendizaje de la lectura. El fajo de cartas que su madre guardaba en el último cajón de la cómoda, constituyó el recurso secreto que ningún orientador escolar acertó a descubrir a la hora de buscar explicación a su sorprendente capacidad lectoescritora. Había descubierto la habitación de sus padres como el mejor escondite, al poder entretener allí la orfandad de sus exilios ocupándose en descifrar la desgarrada caligrafía de aquellas cartas; jugaba con ellas a reconocer en su escritura manuscrita cada sílaba aprendida en la tipografía del silabario escolar. De paso, sin darse cuenta fue impregnándose de una sintaxis que introdujo el lirismo en sus venas. Cuando llegó a leerlas con fluidez descubrió que existía un mundo de amor al otro lado de aquel en que vivía.

La mañana siguiente a la última noche que su padre durmió en casa, las vio arder en el patio trasero mientras su madre, melancólicamente sentada en el suelo, con el abatimiento propio del desengaño, contemplaba en silencio la pequeña pira, como si nada pudiera o quisiera hacer por evitar aquel adiós definitivo.

## II

Chateaba a diario con sus amigos del instituto. Con ella más que con nadie. Que si “estás buenísimo, tío, aunque eres un poco tímido”, le decía ella. “No puedo dejar de pensar en lo del otro día”, respondía él. “Cómo se te nota que era la primera vez, tío, hay que volver a repetir, que estuvo muy guay”, volvía ella. “Sí”, tecleaba él. Y pulsaba *intro* antes de darse a soñar mucho más alto y más allá de lo que había escrito.

Un día se decidió por fin a hacerlo. Tomó un folio en blanco y de puño y letra escribió para ella las palabras más hermosas, entre las muchas que conocía, para decirle que la amaba. Después, esperó impaciente que el cartero hiciera su trabajo.

Cuando días después llamaron su atención las carajadas y el alboroto que había en el aula de al lado, pudo contemplar desde el pasillo a la clase entera arremolinada en torno a ella, que, en medio del monumental jolgorio, declamaba festiva la carta que había recibido.

Allí terminó aquella historia. Luego vendrían otras, muchas, pero ya con la lección bien aprendida.

## III

Cuando sus hijos vaciaron el piso que les dejó en herencia, con el fin de ponerlo en venta, encontraron decenas de cartas por él escritas pero nunca enviadas. Leyeron

algunas solo por comprobar si todas ellas trataban de lo mismo, y rieron con indulgente afecto el descubrimiento de que el viejo había tenido una afición oculta que a ellos les pareció un tanto pícara. Como no tenían mucho tiempo, decidieron quemarlas en la chimenea de la casa. Así fue como, en diminutos trocitos de papel carbonizado, sin ser leídas siquiera, alcanzaron el merecido cielo las más hermosas cartas de amor jamás escritas.

José María Rozada Martínez

La Fresneda, abril de 2011